

Violencia juvenil

¿Mártires o delincuentes?

LA AMBIGÜEDAD DE UNA PALABRA

Para los sociólogos, los psicólogos, los educadores y demás entendidos, el menor de edad que protagoniza estas noticias no es más que el mártir de unas estructuras sociales aberrantes, el producto absurdo de un mundo que, como diría Marcuse, ha convertido lo irracional en racional. Es natural, pues, que cuando en un momento histórico se emparejan palabras como niño-brutalidad, niño-cinismo, en suma, niño-violencia, que en otro momento histórico eran contradictorias, surjan todo tipo de ambigüedades, de opiniones que se contradicen, y que unos llamen por la represión y otros griten por la compasión. La misma palabra *violencia* está cargada de ambigüedad. Para los técnicos en la cuestión, la violencia, antes de convertirse en trasgresión de leyes, es una cualidad de la persona que actúa con fuerza. Cualquier adulto que tenga un hijo ha podido experimentar personalmente, e incluso con orgullo, que el niño, cuando comienza a sentir su propia fuerza, intenta mostrarla. Puede ser en la posesión de un columpio, de un montículo de arena, de una pelota, o, simplemente, cuando arrastra, mal que bien, un objeto pesado ante la presencia expectante del padre.

Esta violencia natural podría encontrar un cauce en el deporte o en espacios en los que el menor pudiese dar rienda suelta a su capacidad de aventura.

Cuando éstos no existen, que es la regla en nuestras ciudades, no por eso deja de existir esa violencia natural. Simplemente, se producirá una mudanza de lugar: la calle, el césped prohibido, la escuela, la propia casa... Es el comienzo de la cuestión. Si además el ambiente familiar no sabe amortiguarla, esa violencia natural explotará de cualquier manera y en cualquier parte.

Para lo que pretendemos con este artículo, sobran las estadísticas. Basta abrir el periódico: menores que atracan, menores que saquean colegios, menores que «pinchan», o «pellizcan», menores que violan...

Estas noticias de prensa, unidas al repertorio de esas otras que posee cualquier ciudad con unas decenas de miles de habitantes, están conmocionando a la opinión pública en nuestro país.

El «límido» adolescente, el niño «travieso», se han convertido, para buena parte de la sociedad española, en un enemigo, en un monstruo del que hay que defenderse. El miedo-a-salir-de-noche o la petición, por parte de algunos sectores sociales y políticos, de rebajar la edad penal a los dieciséis años, son dos cristalizaciones de la existencia de ese temor.

¿Es esta la perspectiva justa y conveniente del problema de la violencia juvenil? Ustedes dirán cuando acaben de leer lo que viene a continuación.

que sólo tendrá que reproducir a la pequeña escala de su vida de familia, de colegio o de calle.

VIOLENCIA DE TODOS

En estos momentos, todavía hay mucha gente que piensa que la violencia de los menores es monopolio de las «clases bajas» o, para emplear una palabra de la jerga sociológica, del subproletariado. Y no es así. En la sociedad española, como ocurrió con anterioridad en otros países occidentales, las fronteras entre las distintas clases han ido desvaneciéndose. En las grandes ciudades, las condiciones de vida son, con escasas diferencias, igualmente absurdas para clases medias y proletarios. Es cierto que a la prensa saltan los nombres del «Kung Fu», «el Rata», el «Maletilla» y toda una letanía de nombres, tristemente míticos ya, con una historia cuasi folletinesca de privaciones afectivas, culturales, materiales, y todo lo que se quiera añadir. Pero eso no es más que la masa flotante del iceberg.

La violencia juvenil de los barrios elegantes no llega a la prensa ni a las estadísticas. Cuando hay dinero se puede indemnizar a la víctima, pagar un buen abogado o enviar al menor a un internado de pago. Sin embargo, la violencia está también ahí, más o menos camuflada, pero está.

Y es que las causas que la engendran son muy similares. Cualquier menor que realiza actos de violencia la ha padecido con anterioridad. Y son tantas las formas de experimentar la violencia que le ofrece el entorno en que vive... Violencias físicas, psíquicas, verbales, visuales y otras muchas que, frecuentemente, ni siquiera las perciben como tales aquellos que las provocan.

¿Menores violentos o menores arrastrados por la violencia?

SERGIO G. PARRA

Por otro lado, los modelos de violencia que nuestra sociedad ofrece al niño a través de telefilmes o películas son tan acabados, que dejan muy poco margen a su imaginación. La pantalla no le ofrece más que gestos y actitudes



FOTO: LUIS CARRE



FOTO: LUIS CARRE

SIEMPRE HAY UN PORQUE

Para esa mayoría de la opinión pública de la que hablábamos al comienzo, buena parte de las violencias cometidas por los menores de edad son actos gratuitos, nacidos de no se sabe qué generación espontánea. Y no es así. Sólo es así cuando no se va más allá de la letra de las noticias periodísticas. ¿Por qué roban una cazadora, un reloj o cualquier cosa que no necesitan?; ¿por qué saquean un aula? ¿por qué desmontan una motocicleta y no se la llevan?; ¿por qué golpean o hieren, tras haberle dado el dinero?, etc. etc.

Normalmente, todo comienza con el deseo de liberación. El «no poder estar quietos» de los menores, en la opinión de los psicólogos, no es más que la expresión de una búsqueda, no sólo del mundo exterior que les rodea, sino también de sus propias posibilidades. Si se cortan alas a esa actividad, se está reduciendo su campo de experiencia.

Los conflictos, un tanto estúpidos, a poco que se reflexione, tienen su fuente en pequeñas prohibiciones, impuestas por exigencias de la estructura social o por la simple necesidad de tranquilidad: «No corras que despiertas a tu padre» -no des gritos, que molestas a los vecinos»; «no pises el césped»... Se inicia así una guerra sorda entre el menor, por un lado, y sus padres y el entorno social, por otro, que puede acabar estallando de cualquier forma.

Además, en estos momentos críticos, social y económicamente hablan-

do, la angustia de los adultos ante las incertidumbres de todo tipo que les rodean desemboca en la inseguridad de los niños y los sumerge en un estado de ansiedad que no pueden asimilar a sus años. Así, sin comerlo ni beberlo, antes de formar parte activa de la sociedad, se encuentran inmersos en el temor de la crisis económica.

Es la misma crisis que obliga a trabajar al padre y a la madre y que a su vez, trae como consecuencia que el niño cuando vuelve de la escuela, se encuentre solo. Acabará reuniéndose con otros tan solos como él y ya tenemos la banda. Después, cualquier mínimo incidente (la rotura de un cristal, un balonazo a un transeúnte, las protestas y los insultos de unos, las carcajadas de los otros) bastará para que la banda se consolide y organice su defensa. Ya hay dos campos enemigos; lo demás, el tirón, el vandalismo, el terror, etc., vendrá por añadidura.

En esta situación, ¿se puede hablar de gratuidad en la violencia juvenil? La necesidad de llamar la atención, de afirmarse a sí mismos, no tiene nada de gratuito, aunque ellos desconozcan por qué actúan así.

A MODO DE CONCLUSION

Las soluciones no son sencillas, por el simple hecho de que cada menor tiene una historia distinta. Por eso mismo, no se les puede marginar, convertir en delincuentes. Y ese es quizá, el gran peligro que corre nuestra sociedad

cuando los introduce por las puertas del sistema judicial. Somos conscientes de que el tema exigiría una mayor matización, pero lo único que pretendíamos era ofrecer unos datos, unas ideas que nos hagan reflexionar sobre nosotros mismos, los adultos, para contemplar, con otros ojos, la violencia juvenil. ■

ACTIVIDADES

La sociedad de la que hemos hablado como engendradora de violencia no es un ente abstracto. Todos nosotros formamos parte de ella y todos nosotros somos, quizá, engendadores, más o menos inconscientes, de violencia. Una forma de hacernos conscientes de que lo somos, o no lo somos, sería revisar nuestra participación en esta violencia. Ofreceremos unas cuestiones-guía para una posible puesta en común:

1. Cuando leemos una noticia referida a este tema. ¿de qué lado estamos? ¿del de la represión o del de la compasión (padecer con)?
2. En nuestro ámbito familiar o en otros que conocemos, ¿cuáles son las formas habituales de engendrar violencia en los niños?
3. ¿Cómo encauzamos la sana violencia natural de nuestros hijos?